

La página viva

Una selva en nosotros

José de la Colina

La ciudad, la mujer emplean en nosotros una ferocidad de la cual toda tierra salvaje es solamente un símbolo. Desastres e intemperies nos hallan resignados y nos hacen morir sin desatar en nosotros lo selvático, como si hace la voluntad deliberada que opone una pasión a una pasión. Lo selvático en nosotros inventa palabras, se esfuerza en aclararse en palabras que nos desgarran interiormente. Al principio es sólo naturaleza: la ciudad es un paisaje, son rocas, alturas, cielo, claros improvisados; la mujer es una fiera, es una carne, un abrazo. Después, todo se vuelve palabras. Si lo natural era sólo un símbolo, al conocer la selva en nosotros hay que aullar.

¿Quién no habría aullado nunca delante de las cosas? La tiniebla de una fronda, los asaltos rugidores del viento, nuestro desfallecer en una fiebre nos parecen misterios de dolor y de peligro, y deseamos darles la palabra para conocerlos, para poseerlos mejor. Y con esto los reducimos a un nivel humano y ciudadano, los volvemos palabras con las cuales expresamos y significamos nuestra turbia, atroz, pululante selva humana. No hay misterio ni pecado en las cosas naturales. Sólo son símbolos. Pero lo propio de la ciudad y de la mujer —en la vida entre dos—, cuando hay voluntad manifiesta de enfrentamiento, es que reside en símbolos, y al chocar con esto quedamos impotentes ante el misterio, el único misterio intolerable, que es el combate de las voluntades.

¿Por qué tendemos a hablar simbólicamente de la mujer como de un elemento natural y la llamamos fiebre, ráfaga o selva? ¿Buscamos así defendernos, como cuando verbalmente transformamos un paisaje en una plaza, o una muchedumbre en un río? Pero las palabras tienen una extraña vida: pronto se encarnan, y realmente la mujer será para nosotros fiebre y fronda, y la muchedumbre será río, y la



Cesare Pavese

ciudad será paisaje, es decir, naturaleza impenetrable. Entonces se aviva nuestra pasión comprendiendo que bajo aquellos símbolos, aquellas palabras, hay una voluntad resistente y contraria, y éste es un misterio perenne, que ni podremos extinguir ni se extinguirá en nosotros. Y he aquí lo selvático verdadero.

[Cesare Pavese, “La selva”.

Versión de J. de la C.]

En agosto de 1950, el narrador, poeta y ensayista italiano Cesare Pavese, autor, a los cuarenta y dos años, de una varia y numerosa obra publicada celebrada por la crítica y multitraducida, se considera un fracasado en la literatura y en la vida sentimental. Enamorado sin esperanza de la joven y para él esquiva actriz norteamericana Constance Dowling, escribía en su diario que sería publicado póstumamente con el título de *Il mestiere di vivere* (El oficio de vivir): “Uno

no se mata por amor a una mujer. Uno se mata porque un amor, cualquier amor, nos desnuda en nuestra miseria, nuestra indefensión, nuestra nada”. Y, unas noches después, tras haber anotado: “Nada de palabras. Un gesto. No escribiré más”, se suicidaba ingiriendo barbitúricos en un cuarto de hotel de la ciudad de Turín vaciada por el *fe-rragosto*. Dejaba, entre otras páginas, ese diario en el que fue trazando su asumido destino de suicida y un puñado de poemas, en uno de los cuales, “Verrà la morte e avrà i tuoi occhi”, dice en una suerte de narcisismo fúnebre vertido hacia la torturante mujer desesperanzadamente amada:

*Vendrá la muerte y tendrá tus ojos,
esta muerte que nos acompaña
de la mañana a la noche, insomne,
sorda, como un viejo remordimiento
o como un vicio absurdo.*

*Tus ojos serán una palabra vacía,
un grito acallado, un silencio.
Así lo ves cada mañana cuando,
sola, te inclinas hacia el espejo.*

Las novelas, los relatos, los ensayos y poemas de Pavese nacían del impulso de crear un vasto mito verbal y analógico entre la Naturaleza, la Ciudad y la íntima historia del individuo solitario. La página de prosa con que se inicia uno de sus intensos ensayos, “La selva” es representativa de una asidua mirada analógica hacia los trabajos y los días observados, sentidos y sublimados como historia universal y cotidiana, como parte esencial de una mitología íntima y de un sentimiento trágico de la vida desde los cuales el poeta habla de hombres y mujeres enfrentados en el terrenal, sentimental y espiritual conflicto de voluntades, deseos y pasiones. ▣